

833
M.

PQ 2349

D6
S6

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid, Imprenta de Anto-
nio Marzo, San Hermenegildo,
32 duplicado. Teléfono 1.977.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTENEGRO, MEXICO

EL DONCEL DE LA SRA. HUSSON

ACABÁBAMOS de pasar por la estación de Gisors, donde me había despertado al oír vocear á un mozo de la línea el nombre del pueblo, y me preparaba nuevamente á dormirme, cuando una violenta sacudida me lanzó sobre una señora gorda sentada frente á mí.

Habíase roto una rueda de la máquina; el ténder y el furgón de equipajes, descarrilados también, se volcaron junto á la coja, que gemía, rugía, silbaba, resoplaba, escupía, semejante á esos caballos caídos en la calle, de un resbalón, cuyo pecho palpita, cuyas narices roncan y cuyo cuerpo retiembla estremecido, sin que sean capaces del menor esfuerzo para levantarse y seguir su carrera.

No hubo muertos ni heridos; algunos contusos nada más, porque no había tomado el tren mucha velocidad todavía.

Y todos mirábamos tristemente á la bestia de hierro, lisiada, que no podría conducirnos y que nos cerraba el paso.

Era preciso esperar á que un tren de socorro saliera de París á recogerlos.

Me decidí á ir al pueblo para entretenerme almorzando.

Andando por la vía, pensaba yo: «Gisors, Gisors... Yo debo conocer á alguien aquí. Gisors... Me suena... ¿Qué amigo mío vive en Gisors?» De pronto saltó en mi memoria un nombre: ¡Alberto Marambot! Un antiguo compañero de colegio, al que no había visto en doce años y que estaba de médico en Gisors. Muchas veces me había escrito invitándome, y siempre le había contestado prometiendo hacerle una visita. Llegaba la ocasión forzosa de cumplir mi ofrecimiento.

Pregunté á un transeunte:

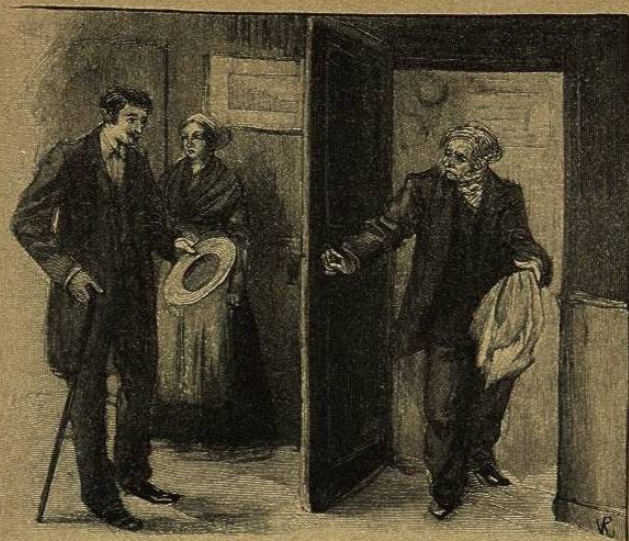
—¿Sabe usted dónde vive el doctor Marambot?

Y me contestó inmediatamente:

—Calle de la Delfina.

Vi en una puerta, grabado sobre una plancha de metal amarillo, el nombre de mi camarada. Llamé; y la criada—una moza de cabellos rubios y movimientos perezosos—me dijo con expresión estúpida:

—No está en casa; no está.



Oyendo un rumor de platos, copas y tenedor, grité:

— ¡Marambot! ¡Eh! ¡Marambot!

Abrióse una puerta y se asomó un hombre gordo, con patillas, displicente, llevando en la mano la servilleta.

No le hubiera reconocido. Parecía tener por lo menos cuarenta y cinco años; en un segundo imaginé la pesada vida en provincias, que abruma y envejece. De pronto, mientras le tendía la mano,

comprendí cuáles eran sus costumbres, su filosofía y sus opiniones acerca de las cosas del mundo. Adiviné las reposadas comidas que abultaron su vientre, las somnolencias durante una digestión regada con buen coñac, las indiferentes preguntas que hacía á sus enfermos, pensando en el pollo asado que le aguardaba en la mesa. Sus discursos acerca de la cocina, de la sidra, del aguardiente, acerca del modo mejor de condimentar ciertos manjares, de preparar ciertas salsas; todo lo comprendí; todo lo revelaban sus mejillas, lustrosas y coloradas, la inmovilidad de sus carnosos labios y el brillo melancólico de su mirada.

Le dije:

—¿No me recuerdas ya? Soy Raul Aubertín.

Abrió los brazos, y poco faltó para que me ahogara. En seguida me preguntó:

—¿No habrás almorzado?

—No.

—¡Me alegro! Acababa de sentarme á la mesa y de partir una magnífica trucha.

A los cinco minutos almorzábamos admirablemente.

Le pregunté:

—¿No te has casado?

—¡Jamás!

—¿Y te diviertes aquí?

—No me aburro. Trabajo, estoy entretenido. Hago mis visitas, discuto con las gentes, como bien, tengo buena salud, río y cazo.

—¿No es demasiado monótona la vida de pueblo?

—No, sabiendo emplearla. En un pueblo se vive como en una capital. Ocurren menos cosas, no hay tantas distracciones, pero á todo se le da más importancia; las relaciones son menos numerosas, pero más frecuentes. Cuando se conocen todas las ventanas de una calle de pueblo, cada ventana intriga más que una calle entera de París. Es muy divertido un pueblo; muy divertido. Este, Gisors, lo conozco de punta á punta, en sus menores detalles, desde su origen hasta nuestros días. No puedes imaginarte qué curiosa historia tiene.

—¿Eres de Gisors?

—No. Soy de Gournay, otro pueblo próximo. Son irreconciliables enemigos. Imagina entre Gournay y Gisors un paralelo semejante al que pudieras establecer entre Lúculo y Cicerón. Aquí la gloria se antepone á todo: «los soberbios de Gisors»; en Gournay lo primero es el vientre: «los tragones de Gournay». Gisors desprecia á Gournay, pero Gournay se burla de Gisors. Es muy cómica esta tierra.

Comíamos algo verdaderamente sabroso y exquisito; huevos envueltos en gelatina y un picadillo de carne, aromatizado con hierbas y ligeramente bañado con su propio jugo.

Exclamé, relamiéndome, para satisfacer á Marambot:

—¡Está muy rico esto!

Sonrió y dijo:

—Dos cosas hacen falta para este plato: buena gelatina y bonísimos huevos. ¡Ah! Es tan difícil encontrar huevos con la yema rojiza y el sabor característico... Yo tengo dos gallineros; uno para la recolección de huevos y otro para la cría de los pollos. A las gallinas ponedoras las alimento de una manera especial. Tengo mi teoría. En el huevo, como en las carnes de ave, de vaca ó de cordero, como en la leche, como en todo, se debe percibir el perfume, la quinta esencia de los alimentos que cebaron al animal. ¡Cuánto mejor comeríamos si preocuparan tales cosas!

Reí, diciéndole:

—¿Te gusta comer bien? ¿Eres gastrónomo?

—¡Diablo! ¿Es posible que haya imbéciles que no se preocupen de comer bien? Se es gastrónomo, como se es artista, como se es erudito, como se es poeta. El paladar, amigo mío, es un órgano delica-

do, susceptible de perfeccionamiento y tan importante como el oído y la vista. No tener paladar es vivir privado de una facultad esencialísima, de la facultad de distinguir la clase de los alimentos, como se puede ser negado para apreciar las cualidades de un libro ó de una obra de arte; no tener paladar, es verse privado de un sentido principal, de una superioridad humana; es pertenecer á una de las infinitas clases de enfermos, de infelices y de tontos de que se compone nuestra raza; es tener un sentido estúpido, como se tiene á veces estúpida el alma. Un hombre que no diferencia, por el gusto, una langosta de un langostón, un arenque, ese pescado admirable que tiene todos los sabores, todos los aromas del mar, de una sarda ó de una pescadilla, una pera de don Guindo de una pera de agua, es comparable al que no distinguiese á Balzac de Eugenio Sué, ó una sinfonía de Beethoven de un paso doble compuesto por un músico de regimiento, y el Apolo de Belvedere de la estatua del general Blaumont.

—¿Quién es el general Blaumont?

—¡Ah! Tú no sabes eso... ¡Claro! No conoces las celebridades de Gisors. Te dije ya que llamaban á los vecinos del pueblo «los soberbios de Gisors», y te aseguro que no hallé nunca un mote mejor

apropiado. Pero, almorcemos tranquilamente, y después te hablaré de todo recorriendo las calles.

De cuando en cuando cesaba de hablar para



beber lentamente un vasito de vino, que miraba y cogía con verdadero amor.

La servilleta, prendida al cuello, anudada sobre el cogote; los pómulos encendidos, los ojos excitados, las patillas abiertas, la boca infatigable, mascando... Era curioso verle.

Me hizo comer excesivamente. Luego, cuando

quise volver á la estación, me cogió de un brazo y me llevó por las calles, que ofrecían un bonito aspecto provincial. El castillo desde una colina dominaba la población; es el más curioso monumento de arquitectura militar del siglo VII que habrá en Francia. Desde lo alto del castillo se descubren los verdes valles donde las vacas de Normandía pacen tranquilamente.

El doctor decía:

—Gisors, pueblo de 4.000 habitantes, en los confines del Eura, mencionado ya en los Comentarios de Julio César: *Cæsarís ostium*, luego *Cæsartium*, *Cæsortium*, *Gisortium*, *Gisors*. Ya te llevaré á visitar el campamento del ejército romano cuyas huellas aún son bastante visibles.

Riendo respondí:

—Amigo, tú padeces una enfermedad que deberías conocer, y que se llama «apasionamiento de campanario».

Se detuvo en seco:

—«Apasionamiento de campanario» no es otra cosa que patriotismo natural. Tengo amor á mi casa y á mi pueblo; por extensión, á toda la provincia, que se parece á mi pueblo. Pero si me preocupan las fronteras, si las defiendo, si me disgusto cuando el enemigo las pisa, es porque la frontera que des-

conozco abre un camino hacia mi provincia y deja en riesgo mi casa. Por esto soy normando, un entusiasta normando; y, á pesar de los rencores que despiertan los alemanès, yo no los odio, no los odio como á los ingleses, los verdaderos, los constantes enemigos de los normandos; porque los ingleses pisaron este suelo, saqueándolo, arrasándolo varias veces, y el odio á los ingleses me fué transmitido por herencia, con la vida... La estatua del general.

—¿Qué general?

—El general Blaumont. Necesitábamos una estatua. Por algo somos «los soberbios de Gisors». Y descubrimos al general Blaumont. Mira el escaparate de la librería.

Me arrastró hasta el cristal, y vi una docena de folletos, de cubiertas rojas ó azules, todas llamativas.

Leyendo los títulos, no pude contener la risa: *Gisors, sus orígenes y su porvenir*, por X, miembro de varias sociedades; *Historia de Gisors*, por el canónigo A; *Gisors desde los tiempos de Julio César hasta nuestros días*, por M. B., propietario; *Gisors y su campiña*, por el doctor C. D.; *Glorias de Gisors*, por Un Curioso...

—Amigo mío—dijo Marambot—, no trascurre un

solo año sin que aparezca una nueva historia de Gisors. Ya tenemos veintitrés.

—¿Y las notabilidades de Gisors?—pregunté.

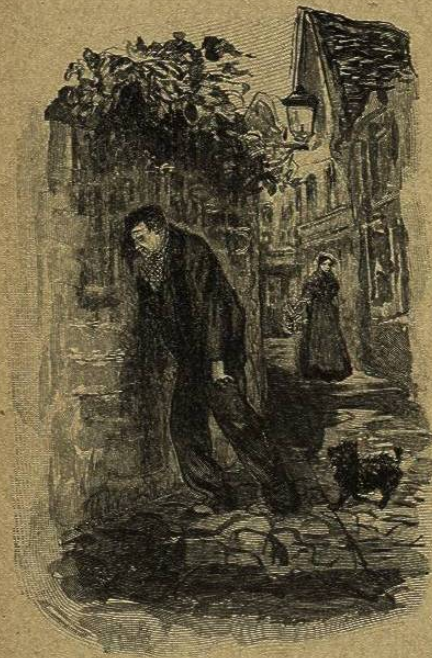
—¡Oh! No voy á nombrarlos á todos; pasaremos revista nada más á los principales. Desde luego el general Blaumont; el barón Davilliers, famoso cerámico, descubridor de magníficas lozas árabes en sus excavaciones realizadas en España y en las Baleares; tenemos también un periodista muy notable, Carlos Brainne, muerto ya, y otro vivo y muy vivo, el director del *Noticiero de Roan*, Lapiere... Además, otros muchos, muchos...

Avanzábamos por una larga calle, algo pendiente, bañada por el sol de junio, que había obligado á todos los vecinos á recogerse en sus casas. De pronto, en la última esquina, un hombre apareció: era un borracho que se tambaleaba.

Con la cabeza inclinada, los brazos caídos, las piernas flojas, avanzaba por embestidas de tres, de seis ó de diez pasos rápidos é inseguros. Cuando se veía en medio de la calle, sin punto de apoyo, dudaba entre abandonarse y caer ó llegar á la pared con otro esfuerzo más; luego, bruscamente, salía en una dirección cualquiera, hasta tropezar con una casa, á la cual se agarraba, como si quisiera penetrar á través del muro. Con la boca entreabier-

ta, con los ojos medio cerrados, miraba hacia atrás, y dando traspiés avanzaba de nuevo.

Un perrito amarillento, un miserable gozquecillo



le seguía de cerca, ladrándole, deteniéndose cuando él se detenía y andando cuando él andaba.

— ¡Caramba! — dijo Marambot —. Ahí tienes á un doncel de la señora Husson.

Sorprendido, pregunté:

— ¿Por qué llamas «doncel» á ese hombre?

— Así llamamos á los borrachos. Es una historia que se repite ya como leyenda, pero que ocurrió seguramente.

— ¿Y tiene gracia?

— Mucha gracia.

— Pues, cuéntame.

— Con mucho gusto. Había en este pueblo una señora vieja, muy virtuosa y protectora de la virtud, que se llamaba la señora Husson. No invento los nombres; te los digo tal y conforme se llamaban los personajes. La señora Husson empleaba su vida en obras piadosas: alentar á los desvalidos y socorrer á los necesitados. Bajita, andando á pasos menudos, adornada con una peluca de seda negra, ceremoniosa, pulcra y en muy buenas relaciones con todos los santos del cielo, representados en nuestra iglesia por el párroco Malou, sentía horror profundo, inveterado, hacia los vicios, y, sobre todo, hacia el que la religión llama lujuria. Los embarazos de las solteras la exasperaban hasta sacarla de sus casillas, haciéndola perder su dulzura de carácter.

Como en aquella época se daban «premios á la virtud» en los alrededores de París, ocurriósele á la señora Husson abrir un concurso de virtudes en Gisors.

Comunicó su proyecto al párroco, y éste hizo una lista de las mozas que podrían optar al premio.

Pero la señora Husson tenía una criada vieja,

una criada más irascible aún que la señora en ciertos asuntos, y en cuanto el cura hubo apuntado todos los nombres, la beata llamó á la sirvienta, diciendo:

«Mira, Francisca; estas son las mozas que me propone para el premio de virtud el señor párroco. Entérate de lo que se murmura de todas ellas.»

Y Francisca empezó á investigar. Recogía todas las murmuraciones, todos los chismes, todas las sospechas, y para que no se le olvidase nada, escribía en su libro de cuentas cuanto averiguaba; diariamente la señora Husson leía poniéndose las gafas:

«Pan.....	20 céntimos.
«Leche.....	10 —
«Manteca.....	40 —

«Malvina Lavesque la corrió el año pasado con su primo.

«Una pierna de carnero.....	2,25 francos.
«Sal gorda.....	5 céntimos.

«Rosalía Batinel fué sorprendida en el bosque Ribondet con Cesáreo Pienoir, por la zurcidora Onésina, el 20 de Julio al anochecer.

Rabanillos.....	5 céntimos.
Vinagre.....	10 —
Sal molida.....	10

«De Josefina Durdent no se sabe de seguro que haya faltado, á pesar de sus relaciones con el hijo de Oportuno,

que sirve en Roan, y que le mandó una cofia por la diligencia.»

Ni una sola salía intacta de semejante y escrupulosa investigación. Francisca interrogaba sin cesar á todo el mundo, á los vecinos, á los tenderos, á las vendedoras, al maestro, á las hermanitas de los pobres; y en todas partes recogía los más pequeños rumores.

Como no hay una muchacha en el universo de la cual no hayan murmurado las comadres, no se halló en la comarca ninguna libre de la maledicencia.

Y la señora Husson quería, para otorgar su premio de virtud, una doncella de la cual ni una vez se hubiese dudado. Las referencias de su criada la sobrecogían.

Ensanchó el círculo de sus operaciones, admitiendo á concurso mozas de otros lugares lejanos; y con todas ocurrió lo mismo.

Consultó al alcalde, pero sus recomendadas tampoco resistieron la información de Francisca; ni fueron más afortunadas las propuestas por el doctor Barberol, á pesar de sus garantías fundadas en reconocimientos científicos.

Pero una mañana, volviendo de la compra, dijo Francisca:

«Señora, si quiere usted dar un premio de vir-

tud, será preciso dárselo á Isidoro; no hay otra persona que lo merezca.»

La señora Husson quedó pensativa.

Conocía bien á Isidoro, el hijo de Virginia, la frutera. Su castidad proverbial era uno de los encantos de Gisors, y servía de agradable tema de conversación á mucha gente y de entretenimiento á las muchachas, que se divertían provocándole. A los veinte años cumplidos, alto, desgalichado, perezoso y cobarde, ayudaba á su madre en el comercio y pasaba los días escogiendo las frutas y limpiando las hortalizas sentado á la puerta.

Las mujeres le inspiraban tal temor, que bajaba los ojos en cuanto una parroquiana le sonreía, y esta exagerada timidez le hizo juguete de todos los guasones de la comarca.

Las palabras atrevidas, las alusiones picarescas, los chistes verdes le hacían subir tan pronto los colores á la cara, que el doctor Barberol llamaba á Isidoro el termómetro del pudor.

¿Tenía ó no tenía malicia?—tal fué la preocupación de las gentes—. ¿Era el presentimiento de misterios ignorados y vergonzosos ó la indignación producida por los viles contactos del amor, lo que ruborizaba tan fácilmente al hijo de Virginia? Los pilluelos pasaban frente á la frutería para gritar

obscenidades que le hicieran bajar los ojos, y las mozas le decían al oído riendo palabras atrevidas, que le obligaban á retirarse de la tienda. Las más valientes le hacían proposiciones, le daban citas, brindándole todos los goces.

La señora Husson reflexionaba el asunto.

Ciertamente, Isidoro era un caso de virtud excepcional, notoria, evidente, incorruptible. Nadie, ni el más incrédulo ni el más escéptico, nadie se hubiera permitido suponer á Isidoro reo de la más pequeña infracción contra las leyes de la moral. Nadie le vió nunca en el

café, ni se supo que anduviera de noche por las calles.

Acostábase á las ocho y se levantaba á las cuatro. Era una perfección, una perla.

Sin embargo, la señora Husson dudaba. La idea de otorgar el premio de virtud á un hombre no la satisfacía

